

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DE LA
Facultad de Ciencias Económicas, Centro de Estudiantes
y Colegio de Graduados.

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscriptos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES:

Dr. Mario Sáenz
Por la Facultad

Santiago Pradel

Juan René Bach
Por el Centro de Estudiantes

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES:

Dr. Luis A. Podestá Costa

Ing. T. Sánchez de Bustamante

Por la Facultad

Raúl Prebisch

Américo Riva

Por el Centro de Estudiantes

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

ADMINISTRADOR:

Juan C. Chamorro

Año XII

Noviembre-Diciembre de 1924 Serie II. N^{os}. 40-41

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES



Explotación de las industrias marítimas en las costas de la República Argentina (1)

Daremos a continuación las palabras pronunciadas por el Sr. Decano de la Facultad, Dr. José León Suárez, al presentar al orador:

"La preocupación de los hombres de gobierno debe ser dedicada a los problemas de biología marítima y muy especialmente a la industria de la pesca. La alimentación en el mundo no progresa en relación con la población y no está lejano el día en que la humanidad tendrá que padecer hambre si no cuida con tiempo las riquezas fluviales y marítimas que puedan suplir las necesidades alimenticias que la tierra no alcanzará a suministrar.

Por estas consideraciones de orden general y por el motivo particular de que la República Argentina dispone de una meseta continental provista de una riqueza que constituye un privilegio en la geografía de la fauna económica del mundo el Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, dispone que uno de los cursos libres que se dictarán en 1924 versará sobre las industrias marítimas en general y en particular sobre la industria pesquera.

Encargo de este curso que por primera vez se ha dictado en una Universidad argentina al Sr. Luciano H. Valette, quien por su larga práctica en la navegación del sur y su reconocida experiencia al frente de la Oficina de Pesca del Ministerio de Agricultura se encontraba singularmente preparado para esta clase de enseñanza. Las lecciones que en síntesis entregó escritas a la Secretaría de la Facultad, en cumplimiento de la ordenanza respectiva, demuestran que el autor ha hecho un estudio de carácter económico completo sobre las industrias acuáticas argentinas tanto las actualmente en explotación como las susceptibles de serlo en el futuro.

Sería de desear que la Facultad publicara el resumen de estas conferencias en la seguridad de que prestaría con ello un gran impulso al esfuerzo nacional y ofrecería a nuestra incipiente literatura sobre la oceanografía y las industrias marítimas la ocasión de distinguirse con un libro de subido mérito por la competencia práctica del autor y el criterio absolutamente positivo con que aborda y resuelve las cuestiones."

(1) Conferencia inaugural del curso libre dictado por el Sr. D. Luciano H. Valette, en la Facultad de Ciencias Económicas.

I. — Exposición general

Sorprendido, en cierto modo, recibí no hace muchos días, del Sr. Decano de esta Facultad, Dr. José León Suárez, la invitación para dictar un curso libre atingente a las riquezas acuáticas de la República Argentina. Justamente sorprendido, porque no me percataba de las circunstancias que habían decidido disertar sobre esta materia tan olvidada, generalmente.

La explicación es obvia, sin embargo, pues ello obedece al juicioso concepto de rememorar la existencia de una reserva económica ignota y amontonada providencialmente, a la cual no dispensamos la menor atención. Una razón, más aparente que real, nos ha circunscrito al estudio y a la explotación de las producciones terrestres. Tenemos demasiada riqueza, estamos en la opulencia y, como vulgarmente se dice, nadamos en el seno de la abundancia. Poseemos así en el mar una inmensa caja nacional de ahorro a plazo largo.

Pienso que bajo tan plausibles auspicios será grata mi tarea ya que mi exposición, sin los visos de la enseñanza propiamente dicha, tratará de expresar en forma concreta las condiciones actuales, así como también las futuras probabilidades de nuestras pesquerías.

No es mi intención referirme solamente a las rudas labores del pescador y al derecho que le asiste de trabajar con las amplias garantías con que trabajan todos los gremios que cooperan al engrandecimiento económico y social de la Nación. Sostengo, más bien, el propósito de transmitir impresiones generales grabadas en la larga experiencia del propio ambiente con el deseo de satisfacer, del mejor modo posible, el grato encargo que he recibido de la alta dirección de este Instituto. Pero mi modesto curso, debo advertirlo, tendrá un significado real si las autoridades de la Facultad de Ciencias Económicas perseveran y renuevan esta cuestión con elementos de mayor prestigio y conocimientos de los que me es dado poseer; a decir verdad, con la latitud que el interés de la materia merece, no solamente para que los egresados de esta Facultad encuentren un nuevo medio donde aplicar su vasta erudición sino también para acreditar debidamente un capítulo de nuestra economía pública ante los hombres de empresa y los financistas, particularmente.

Abrigo la esperanza de que estas conferencias sean benéficas, aunque por su aridez tengáis que sufrir conmigo todas las con-

secuencias emergentes de la misma desorganización actual del asunto. Será preciso revistar progresivamente una serie de capítulos en que dividiré mi exposición, considerando que si logro despertar tan sólo la atención que como finalidad única y precisa, me he propuesto en esta ocasión, habré satisfecho, en buena parte, la iniciativa de esta Facultad.

Espero, no sin inquietud, que los resultados que puedan obtenerse después de estas disertaciones sobre tan compleja materia, demuestren la posibilidad de hacer algo práctico que armonice con las prescripciones de la buena economía general. Asimismo no oculto que tendremos muchas dificultades que vencer para llegar al ideal que razonablemente debe surgir de esta disertación, absolutamente novedosa ya que, sin jactancia alguna, creo que es la primera vez que esta materia va a incorporarse sin profesarla definitivamente todavía, a los altos estudios que imparte esta dependencia universitaria.

Admiro siempre la importancia que puede tomar la pesca nacional, como punto de partida de una nueva y grande industria, de intenso movimiento y de robustos capitales, y no me extrañaría ver, antes de muchos años, surgir la justificación plena de los esfuerzos que vamos a empeñar ahora. Mi convicción de que la pesca, constituye, mejor dicho, ha de constituir un factor económico de suma potencia no está basada en un simple prejuicio o una general ilusión. Acaso esta convicción no sea compartida por algunos, pero debo advertir que no podríamos hacer juzgamientos prematuros sin el perfecto conocimiento de esta riqueza, hoy desconocida substancialmente porque la industria no ha salido todavía de su período incipiente de embrión.

Tenemos, pues, que demostrar en estas conferencias la orientación que debería darse a esta cuestión y exponer, aunque en forma condensada y resumida, lo que es y puede llegar a ser la industria pesquera nacional.

Me figuro que nuestro problema pesquero debemos plantearlo aquí en términos generales y sin trasponer los límites de los propios intereses nacionales, relacionándolo, en consecuencia, con nuestra propia capacidad de consumo. En otra forma no podríamos conocer bien las dificultades que la cuestión encierra y nos sería tal vez difícil combatir las falsas suposiciones y aun las afirmaciones aviesas y corrientes, de que poseemos una potencialidad pesquera tal, como para abordar de inmediato su explotación en grande escala.

Es innecesario manifestaros que haré cuanto esté a mi al-

cance para que lleguéis a compenetraros de la utilidad y los fines precisos de este curso libre, en cierto modo de naturaleza teórica en apariencia, pero que sin embargo, deberá más tarde tener consecuencias reales y prácticas.

Indudablemente mis presunciones no aminoran nada los esfuerzos realizados hasta hoy por los elementos entusiastas y progresistas que han ido derechamente a la explotación del mar sin el bagage de conocimientos que tan caprichosa producción necesita. El caso es singularmente raro pero bien explicable como lo sería si un dentista profesional en actividad, se ocupase de técnica ferroviaria, por ejemplo, ignorando las bases elementales de la organización del transporte. Desde luego esto es lo que ha pasado en realidad y con frecuencia en la formación de empresas pesqueras nacionales. Las deficiencias y los inconvenientes notados no eran simplemente de forma, sino que lo eran también de fondo. De la ignorancia de la hidrobiología general surge el error y si bien la fortuna ayuda a los audaces, tarde o temprano se produce el colapso debido a la falta del conocimiento indispensable sobre las relaciones recíprocas que guardan las especies. Una vez que se tengan estas nociones elementales entonces se podrá trabajar con relativa seguridad y practicar la industria pesquera en forma racional.

Allanando todas las dificultades que encontraremos en nuestro largo camino veréis, al fin, cómo la explotación de la pesca no es posible que nos rinda todavía lo que sería permitido esperar.

Estimaría mucho poder observar un método rápido de exposición pero tendré que conformarme a la distribución amorfa de hechos e hipótesis, conservando no obstante, el criterio que considero más adelantado. Si consigo que esta disertación pueda contribuir en alguna forma útil al futuro desarrollo de nuestra industria pesquera habré de sentirme feliz pues que mi aspiración más vehemente es la de ver nacer la explotación del mar como un nuevo y esencial recurso argentino.

Es sabido de todos que nos encontramos aún muy lejos de poseer verdaderos centros importantes de activa explotación pesquera y que, aún así, las distancias que nos separan de los pequeños y aislados núcleos de pescadores son factores que influyen vigorosamente para que no nos ilusionemos sobre un posible e instantáneo cambio favorable de las cosas.

Convengamos también en que no se aprecia suficientemente todavía la urgencia que existe de resolver este interesante pro-

blema de la pesca nacional. Indudablemente son muchas las circunstancias, de que hablaremos más adelante, que militan en favor de esta campaña instructiva que desearía celebréis en su justo valor.

Al pasar, no debo olvidar que el servicio administrativo oficial de la pesca ha indicado muchas veces la urgencia de abordar seriamente esta importante cuestión económica pero, desgraciadamente, hasta la fecha no se ha logrado mayor éxito. Tal vez se le ha encarado con un criterio unilateral, exclusivamente científico. Consideraría de mi parte un alto honor si después de esta conferencia se exaltase, por así decirlo, el interés por la industria pesquera nacional, el surgimiento de una mayor vulgarización de la economía acuática y también la organización eficiente de la dirección técnica respectiva en la administración pública. Fuera de esto, habría que poner en rumbo la organización perfecta del comercio de los productos del agua, sobre las bases sólidas de la seriedad, de la fiscalización sanitaria, de la estadística razonada, de las disposiciones legales y del estudio permanente de los mercados de consumo, propios y extraños, para regular la explotación en sus justos límites. En consecuencia de todo este ordenamiento vendría el nacimiento y la buena administración de las grandes empresas pesqueras.

Realmente todo nos habla de la inmensa riqueza acuática, sin la cual, tal vez un día sea muy ruda la existencia de nuestros sucesores. Estamos nosotros en condiciones harto favorables para preparar metódicamente esta explotación y una vez iniciada adelantarla en su evolución progresiva, tanto más, cuanto que el factor indispensable para ello emanará del saber y de la nutrición intelectual que buscáis con encomiable empeño en estas aulas.

Repito que malgrado los obstáculos que vamos a señalar más adelante, podré llevaros la convicción de que estas insinuaciones habrán de interesaros y loado sea Dios si desprendiérais de ellas una simple solución y develarais muchas causas de origen desconocido o muy poco estudiadas todavía.

Virtualmente, como lo he manifestado, hemos de recorrer una senda algo escabrosa; vamos a colocarnos en diversos puntos de vista, sin alejarnos demasiado de las consideraciones de orden científico e industrial, que serán el centro mismo de conversión en el desarrollo general del estudio. Consiguientemente, creo oportuno en este exordio, llamar la atención sobre el valor social de la pesca cuando solamente tiene por objetivo el placer

de un recreo, único deporte completo que no suele dejar las desilusiones que muchos otros, menos inocentes, dejan en el espíritu, sobre todo, de las gentes de las grandes ciudades.

He de calificar la pesca deportiva, desde el punto de vista social, como la califican muchos extranjeros para quienes este recreo se ampara despóticamente y vigorosamente del espíritu, pero no para anonadarlo, sino para destronar de él las tiránicas quimeras que obsesionan a la humanidad, para refrescar el pensamiento al propio tiempo que le ofrece la suma máxima de reposo fisiológico tan necesaria en estos tiempos de grave neurosis pública.

Advierto que entre los argentinos hay muy pocos adeptos conscientes de la pesca recreativa pero no obstante conozco algunos transformados ya en fervientes devotos de la línea. Debo igualmente decir que otros deportes están más de moda que la pesca, habiéndola desprestigiado, sin duda alguna. De otra parte, si agregamos la falta de conocimientos generales sobre el valor real deportivo de algunos de nuestros peces autóctonos, y de otros exóticos y aclimatados, comprenderemos fácilmente la razón de la indolencia pública por este interesante y saludable entretenimiento.

Se considera aquí, más por tradición que por lógica, la siempre oportuna ridiculización al pescador aficionado, cuando al referirse a su deporte se hace alusión "a la existencia de un tonto en cada extremo de la línea". De esta frase poco chistosa y carente de ideología y de estímulo, se origina una especie de indiferencia para desarrollar el espíritu popular en favor de la pesca.

Decididamente, los ingleses, por ejemplo, que son gentes positivas y de cultura adelantada, consideran la pesca deportiva como un arte completamente aristocrático y muchos de ellos ceden, a la menor insinuación autorizada, y con raciocinio siempre ajustado a la lógica, yendo a cualquier lugar de pesca con desenfrenada tentación. De esto debemos derivar la supremacía que Inglaterra conserva en la explotación aguda de sus riquezas acuáticas. Realmente es un caso único, verdadero y singular del espíritu de las gentes de Albión.

A este respecto me viene a la memoria el hecho de haber venido expresamente a la Argentina, desde Londres, una persona de elevada significación social con el propósito de ejercitar su arte deportivo de la pesca en las aguas cordilleranas de la zona de Nahuel Huapí. Le obsesionó el solo anuncio de que po-

dría lograr hermosas truchas de cinco kilogramos y salmones de ocho. Otro señor que me honra con su amistad y que reside actualmente en la provincia de Jujuy se ha dirigido últimamente a Irlanda, su suelo natal, en busca de solaz y recreo en los ríos más prestigiosos para la pesca del salmón.

Las citas de esta naturaleza podría multiplicarlas pero no alcanzo a resistir el deseo de anunciar aquí otro ejemplo significativo en este mismo orden de ideas. Acaba de publicarse la mejor obra descriptiva que conozco sobre la pesca de nuestro proverbial dorado, trabajo hecho por el Mayor del ejército británico J. W. Hills en conjunción con Mr. Yanthe Dumber. El libro a que me refiero ha sido intitulado "The golden River" —El Río Dorado— y trata admirablemente sobre el deporte de esta pesca particular al mismo tiempo que narra los pormenores de las excursiones realizadas por ambos viajeros en el Alto Paraná, desde Posadas hasta la cascada de Guayrá en la frontera paraguayo-brasileña.

Sé también de muchos anónimos y famosos deportistas que instalados sobre el borde de los murallones porteños desdeñan la colombófila o el pedestrismo y no se preocupan de los espezuznantes sucesos del día, continuando con la mayor gravedad en el ejercicio del arte que les es predilecto. Ponen el menor cuidado en el riesgo de un posible asalto o de un accidente y están casi sumidos en ostracismo, tratando de revelar todos los secretos escondidos en las rojizas aguas del Plata. Las dificultades aumentan y ellos más se satisfacen en la realización de un ejercicio saludable, fuera de la distracción extraordinaria proporcionada por el aparejamiento meticoloso de sus útiles de captura.

Los más, empero, nos figuramos o, mejor dicho, no nos explicamos como semejantes pescadores pueden permanecer allí horas enteras con su línea en la mano para obtener, en el mejor de los casos, algún discreto dentado. Pero debe existir y existe una razón cuando en la actualidad hay dos asociaciones, incipientes si se quiere, pero organizadas en forma para cultivar este deporte. A fé que todos conocen la constitución del Club de Pescadores, con sello eminentemente nacional, y la otra entidad dominada "Dorado Club" que cuenta con numerosos compatriotas de Lord Byron y Walter Scott quienes también fueron ardientes pescadores a la línea, como así mismo lo fué el célebre Meissonnier y el propio Víctor Hugo.

Consigno, al pasar, que entre nosotros tuvimos un dile-

tante muy entusiasta, el malogrado Dr. Estanislao Zeballos, cuyos ratos de ocio más agradables los pasaba sentado sobre el muelle Lavorante, en Mar del Plata, cebando los argentinos pejerreyes. Los eminentes de la poesía del arte pictórico, de la literatura y del derecho no han desdeñado, como bien se vé, el humilde sedal que tanto se presta a sonrisas irónicas por quienes no saben utilizarlo provechosamente.

Reconozco, pues, que con estos antecedentes debemos pro-hijar una acción tenaz en pro de los gustos y entretinimientos ribereños, sobre todo si pensamos que precisamente las personalidades precitadas tal vez hayan concebido en los momentos de pesca sus mejores inspiraciones para realizar sus más bellas obras y sus poemas, ya con áspera verba unas veces, ya con acentos dulces otras, según fuese el sabor particular de la jornada.

Guiado hacia la pesca científica, nuestro compatriota Don Federico Leloir acaba de destinar en largo crucero su hermoso yate "Atair", frente a las costas de Mar del Plata. Observar la biología marina y estudiarla desde una mansión flotante que reúne todo lo agradable a lo útil es un ideal perfecto del cual ha participado dignamente un apasionado y curioso colaborador de esa investigación oceanográfica: Monseñor Gustavo Franceschi, todo un ferviente admirador de nuestra naturaleza marina. Pero ya es bastante con esta ligera enumeración sin que nos detengamos a considerar la participación activa de muchos profesionales nacionales, ya marinos, ya civiles que practican intermitentemente y con entusiasmo el desentrañamiento de los misterios del mar.

Un día, tal vez no lejano, quizá nos sea permitido proseguir afanosamente el perfeccionamiento y la propagación del gusto por la pesca, sea recreativa, instructiva o simplemente comercial, a fin de que cunda entre el público tan maravilloso entretenimiento y tan positiva ocupación de muy alta importancia para la cultura colectiva. Para lograr este propósito, lo mismo que para impulsar las industrias del mar deben develarse primero los secretos del agua y de los habitantes que encierra, secretos que solo pueden conocerse con la investigación y la experiencia; mejor dicho, con la sabiduría refleja, con los conocimientos básicos de la historia natural, las observaciones relativas al modo de nutrición de las especies, la forma como se reproducen, como se protegen de sus enemigos y de la manera como hacen sus víctimas. Se llegará así a la armonía verdadera

para la inspiración de las leyes de convención sugeridas por el exacto conocimiento de las que rigen a la naturaleza. Reforzaremos al propio tiempo la ilustración general, dando por tierra con escrúpulos, preconceitos e insensateces, originados siempre en la ignorancia de las cosas. Sería ridículo, por ejemplo, seguir en la rutina de utilizar un mismo instrumento o método de captura para aprehender indistintamente al congrio o la vieja, cuando ambas especies viven en condiciones absolutamente desiguales.

Para inculcar esta sabiduría se necesita tiempo, pero hay que empezar alguna vez antes de que el postrer mero vaya a juntarse con su consorte en las profundidades del abismo en busca de un refugio donde poder esconder sus amores y donde criar su misérrima progenie. Con la indiferencia por la investigación y el entusiasmo en la explotación de la pesca podría llegar el momento en que las especies no encontrasen más ubicaciones favorables donde disfrutar de una paz relativa para lograr su reproducción.

Los estudios y conocimientos que con ese objeto llevemos a cabo harán que el reino de las aguas, sabiamente explotadas, no se agote jamás. De esta suerte cabe formular los más vehementes votos para entrar pronto en actividad y recorrer el velo principalmente en los sectores próximos a los grandes centros poblados que son los mayores consumidores. Si bien sabemos que en toda la costa la materia de pesca es relativamente abundante, convendría organizar la explotación racional, primordialmente en los lugares próximos a los grandes mercados, como fundamento sólido y medio único posible de aminorar el costo del producto ya que los largos transportes y la lentitud de los mismos son graves inconvenientes para el comercio de la pesca.

Por el momento, otros sugerimientos no pasarían de ser expresiones de simple buena intención para ir en apoyo de la industria pesquera. Bien se ha probado ya alguno que otro arbitrio de efecto para impulsar la pesca pero los hechos no han confirmado la eficacia de los mismos ni por ello se ha modificado un ápice la crisis permanente que daña por igual al productor y al consumidor.

Numerosas son las personas que desearían emprender este negocio pero debo advertir que su ánimo generalmente se exalta ante el conocimiento, indudable por cierto, de la inmensa riqueza encerrada en el mar y exclamada comunmente con acento de profunda convicción. La escasez manifiesta de los productos del agua en nuestros mercados hace dudar a otros sobre la

verdadera importancia y la realidad de tan mentada abundancia faunística marina. A propósito de esta opinión, en cierto modo juiciosa, debo advertir que adolece del defecto muy fundamental de partir de una premisa errónea cual es la de suponer que la materia de pesca es, en realidad, escasa en nuestras aguas. La rectificación correspondiente podrían darla quienes actuaron en las diversas compañías pesqueras que han trabajado o aún operan en nuestras aguas litorales.

Y es sabido, no obstante, que si persiste la explotación limitada el desarrollo industrial pesquero vendrá muy tarde, y tal vez demasiado retardado, porque los inconvenientes de hoy se multiplicarán para malograr el afianzamiento definitivo y permanente de las industrias marítimas.

Afirmo en esta ocasión propicia, que no existe, en realidad, la inquietud acerca de las posibilidades para que la industria pesquera argentina pueda adelantar y hasta figurar como un renglón muy serio de la economía nacional. Si la dejamos en el estado en que actualmente se encuentra, sería un grave error, indudablemente, de nuestra parte, porque influiría permanentemente en el ánimo público para considerarla siempre en calidad de factor subalterno, sin la posibilidad siquiera de poder escalar las gradas de la elevada posición que le está reservada en nuestro concierto económico.

Aceptando estas razones, ellas mismas nos orientan perfectamente para que el público, a quien la producción perquera interesa por ahora mediocrementemente, se entere del considerable valor positivo de las riquezas acuáticas y para que se esfuerce también en fomentar su aprovechamiento por un mayor consumo. Afortunadamente es esta una cuestión de fácil solución, aún cuando demandará mucho tiempo y una campaña pública instructiva y de orden, excenta de toda improvisación.

Uno de los malos arbitrios, tal vez el peor de todos en razón de la materia que tratamos, es el que se orienta en la sanción de leyes y reglamentos imperativos e irracionales con el propósito, siempre aparente, de fomentar la pesca. No es ciertamente procedente la reglamentación desordenada de una cosa desconocida como es la pesca, sobre todo si la sanción que la origina va derechamente con el firme propósito de reemplazar reglas consuetudinarias a cambio de caprichosas y ridículas innovaciones que generalmente no tienen otro efecto que gravitar sobre la industria misma y el comercio de la pesca. Es imposible encontrar en estos casos una razón valedera porque las

disposiciones tomadas tienen que emerger de la incertidumbre forzosa, desde que se desconoce generalmente los puntos donde residen las causas reales del mal que se trata de corregir. Así pues, antes de improvisar hay que planear en general y planear bien aún a trueque de dilatar un poco más la solución tan ansiada, puesto que, por ahora, la cosecha de pesca para el abasto ordinario es obtenida sin mayor trabajo ni previos tanteos, demostrando con toda evidencia lo que nuestras aguas atesoran.

Poco importa esperar. Restringir el tiempo y precipitarse en asunto de tantas complicaciones no es conveniente y debemos evitarlo. El estudio de nuestra explotación pesquera futura debería tratarse con cierto interés egoísta, en tanto que se investiguen profundamente todas las circunstancias. Al improvisar sembraríamos un almáximo de reproches justificados. Si precipitamos la sanción de alguna medida inmediata ha de ser con el único objeto de no cejar ante el propósito de sostener la situación actual mientras se preparen en buena forma todos los nervios impulsores que deberán presidir la evolución racional de la industria pesquera. Pensemos un poco en el daño que podría ocasionarse tomando disposiciones de carácter aislado que luego, a cada momento, podrían más bien obstaculizar en vez de proporcionar alivio.

El problema actual e inmediato reside en esforzar nuestra acción en favor del mayor consumo de productos acuáticos. Instruyendo, si ello es posible, hasta a las amas de casa para que reserven una bienvenida al fresco rodaballo o a una canastilla de apetitosos langostinos. Mi concepto es, que, a pesar de todo, no apreciamos suficientemente esta materia comestible, ni reconocemos su justo y cabal valor dietético. Probablemente, todos consentimos en que el pescado frito es un plato siempre aceptable, pero debemos convenir también en las fallas o el atraso del arte culinario en materia de utilización del pescado. Redoblemos, pues, los esfuerzos en el sentido de adelantar un poco más en el arte del *cordón bleu* para la mejor preparación de los productos de la pesca. A los buenos gastrónomos tocaría en este caso, reafirmar este deseo.

Una tarea enorme se impone, llevada con celo patriótico, para la previa ilustración pública, yendo, como es natural de lo más simple hasta lo complicado, antes de poder jactarnos de la implantación heroica de nuestra industria pesquera. Uno a uno, todos los factores irán agregándose pero no olvidemos que aquellos que al parecer son los más triviales, constituyen al fin

una de las potencias más fuertes para el resultado perseguido. Tal es, aunque nos resistamos a creerlo el servir convenientemente el pescado en la mesa. Si empezamos con los factores más complicados, caeremos en la precipitación que a todas luces debemos evitar. Claro es, que todos estos principios elementales de educación popular podrían martirizar inútilmente a los apóstoles que las proclaman si, correlativamente, no se aparejase una campaña nacional y sería para realizar un mayor consumo de pescado.

Por otra parte no se trataría de hacer una proclamación estóica; sin otra base ni razón que ese mayor consumo, porque podría cometerse una imperdonable falta por mal contenida paciencia. Nuestro problema pesquero, lo repito, debe estudiarse con mucha calma, por gente poco nerviosa, sin pasión ni ideas preconcebidas. Tenemos, aunque resulte una ironía, que espiritualizar un poco las cosas tan materiales como la pesca, a cuyo efecto habremos de tratarla con el mejor buen humor hasta que el reclutamiento de nuevos y más abundantes elementos de juicio y también de prosélitos ardientes nos ayuden a tomar las iniciativas en el movimiento general emprendido hacia esta finalidad.

Grato nos será, de todos modos, tener un poco de paciencia al detenernos en cada una de las situaciones ya aclaradas o bien dudosas. En las primeras correremos de prisa y en las segundas no escatimaremos tiempo ni fatigas para dilucidar claramente todo lo que no parezca ser bien explícito. La explotación de la pesca no es en realidad una cosa unilateral y para darnos perfecta cuenta de los inconvenientes que se han de presentar estudiaremos progresivamente los puntos más salientes hasta que lleguemos al objeto final y entonces revelaremos cuál ha de ser la verdadera intensidad del concepto, claro y terminante, que habremos de formular. Y al examinar todos estos puntos no debemos olvidar la ruta general que nos impone la cuestión, sabiendo de antemano que es un derrotero poco florido y sin ritmo armónico, pero, que ha de indicarnos, así lo supongo, los síntomas del proceso que deberá iniciarse. Pero si cuido de advertir las dificultades que hallaremos creo que nos será fácil, por lo menos, fijar los puntos cardinales para el régimen pesquero, es decir, los factores que dominen su dirección evolutiva, con principios fundados en el sinnúmero de condiciones de todo orden que luego nos será dado analizar. Y mientras no nos falte el espíritu constructivo, los sucesos mismos demostrarán las cuestiones que sea necesario resolver con más

urgencia que otras, para que la actual explotación no sea interrumpida o paralizada.

No estudiaremos todas las cuestiones de orden científico porque de suyo son muy difíciles y no correspondería tampoco tratarlas en este curso que no debe descentralizarse del punto de vista práctico a fin de darnos perfecta cuenta de las condiciones propicias y favorables para desarrollar las pesquerías del país.

Una situación como la presente no debemos mirarla indolentemente. Bien vale la pena remediarla sobre todo en vista de sugerir la conveniencia de explotar muchos lugares de nuestras costas para transformarlos en sorprendentes emporios de trabajo. Sobreentendido que estos lugares estarán al abrigo de todo posible riesgo no alejándolos mucho de la base substancial que les dé vida, esto es, del mercado de consumo. Bueno será no ir muy lejos con estas fórmulas porque alguno podría luego calificarlas de ideas peregrinas. Realizaremos este deseo después de recopilar estudios y de atenernos a las deducciones de los mismos, aprovechando así todos los índices que resulten de utilidad. Entonces solamente podremos tener conciencia clara del verdadero significado de las riquezas acuáticas que poseemos, sin darles una importancia desmesurada.

Al producirse el positivo rendimiento de esta nueva energía económica tal vez queden absorbidos algunos intereses vitales de nuestra plétórica riqueza general sin que ello importe, al fin de cuentas una nueva ventaja, sinó una simple compensación. La materia de pesca y su explotación en un país como el nuestro es un asunto ciertamente complicado y para que resulte una real y efectiva ventaja en favor de la colectividad, tendremos forzosamente que multiplicar todos los cálculos de probabilidades a fin de estar más o menos seguros de que no fracasaremos.

Lo que se necesitará más, en el comienzo, será el estímulo-tonificante que emane del poder público, tanto más si se considera que hoy no es posible ofrecer al capital invertido en la industria de la pesca, una seguridad, siquiera relativa, precisamente por tratarse de la explotación de una materia altamente movediza y cuyos lugares más frecuentados o los radios determinados de acantonamiento son desconocidos todavía. Así, pues, de buenas a primeras no sería posible abandonar de un modo absoluto los viejos errores y hasta los prejuicios ridículos que dominan al pescador. Sólo se pondría término al azar, estudiando como viven los peces, qué aguas y qué clase de fondos fre-

cuentan, la corriente que prefieren según el estado meteorológico, la estación del año y la hora misma del día o de la noche. Si esto es realmente indispensable para dar un gran impulso a las pesquerías nacionales está demás decir la intervención que deben tomar las instituciones del Estado para revelar estos conocimientos.

Mas, para llegar a este resultado ideal no deberemos descansar las debilidades en nuestros gabinetes. Debemos decidírnos todos, cada cual en su esfera de acción, a realizar el esfuerzo de voluntad que la solución del problema pesquero nos impone.

Si concedemos este esfuerzo y conseguimos el conocimiento de las nociones que deben proveerse a las empresas de pesca, estas contarían con una cooperación valiosa para sus operaciones, con la ventaja inmediata de hacer desaparecer del comercio del ramo las actitudes ambiguas que corrientemente se asumen sin ninguna definición razonable. Si no conocemos de un modo certero los lugares, las horas, las especies y los métodos que en cada caso habrán de emplearse no será posible reaccionar definitivamente a pesar de cuanto se haga por llevar adelante cualquiera iniciativa, más o menos formal, para desarrollar la industria de la pesca.

Todo el desconcierto que hoy reina en esta cuestión es simplemente el resultado del estado vegetativo en que tenemos la explotación acuática. De un lado hay quienes abogan por darle un cariz demasiado científico; a otros se les ocurre hablar de mayor instrucción a los pescadores a quienes se desearía transformar en sabios. Lo cierto es que las dos opiniones llevan un viso de acierto, en cierto modo explicable, especialmente en el caso del pescador a quien convendría, sin duda, inculcar un conocimiento ligero de la anatomía de los seres que habitualmente captura. Obvio es que no debe confundirse estudio con ilustración. Y el pescador necesita de esto último para ponerlo al abrigo de toda maniobra inútil u obstructora de su trabajo. Por eso deberemos documentarlo y ofrecer los medios necesarios para quitarle la falta de convicción del valor real de la enseñanza a fin de que sea el primero en no murmurar sobre nuestra capacidad pesquera. Dicho sea en homenaje a la verdad, el pescador debe estar por encima de todas las maniobras que puedan emplearse en desmedro de su trabajo. Tenemos hoy día, por ejemplo, una burda e irrespetuosa organización comercial del pescado, fuente de animosidades que convierte muchas veces las tareas

del pescador en una verdadera miseria, debido a los actos y maniobras de quien lo explota. De tal suerte, es necesario ilustrar al que produce haciéndole conocer el verdadero valor que constituye su cosecha. A este respecto tendremos que contribuir con todo empeño, salvando o atenuando al menos, los groseros procedimientos que suelen adoptarse con los pescadores y que se originan debido al alejamiento en que generalmente trabajan. A ellos especialmente debemos amparar arbitrando los correctivos capaces de resolver su relativa independencia.

Sucintamente vamos describiendo todos los episodios que estudiaremos más adelante y que con su perfecto conocimiento considero posible el progreso que forzosamente habremos de realizar en la explotación de las industrias derivadas del mar. Muchas son las innovaciones a realizar en este sentido y no se tomen mis advertencias como guiadas por el prurito de desprestigiar o embellecer la materia, ya que los detalles que me permito ahora enunciar sólo responden al deber ineludible de exponer la real imagen de la industria pesquera, demostrando sus desnudeces. Los enunciados en este caso no son otra cosa que prevenciones puestas de relieve ante la conveniencia pública.

No podemos considerar como una fuente de errores y de prejuicios las exageraciones corrientes acerca del valor real de lo que es y del que puede conseguirse entre nosotros con la industria pesquera. Repito que no solo es un factor de evidente riqueza económica sino que debe ser el medio que ha de proporcionarnos más tarde la formación de intrépidos marinos, vigorosos y fríos observadores de la naturaleza y con plena experiencia del océano. Otro asunto halagüeño es este para la conveniencia de la Nación, otro de los puntos de muy esencial interés, puesto que para lanzarnos inmediatamente de lleno a las industrias del mar hoy no contaríamos con personal propio adiestrado y necesitaríamos hacer un llamamiento al extranjero. Debemos pues considerar con seriedad la suficiencia y la capacidad actual de nuestros propios elementos antes de lanzarnos en un asunto de tan capital importancia para la explotación de nuestra economía acuática.

Y si observamos que a todos los que vivimos permanentemente en tierra, el agua nos parece comunmente un elemento traidor, "el elemento de asfixia" como ha dicho Michelet, tanto más se justifica que acostumbremos a nuestra vigorosa raza a adquirir el prestigio marinero, para formar la base y dar el im-

pulso al progreso de las explotaciones de los productos acuáticos. Mas, deseo expresar el deseo de que en este sentido se constituya sin mayor tardanza el esbozo de la colonización marítima porque es un deber primordial de la nación preparar sus factores de defensa y de progreso.

Mientras inauguramos este curso, en circunstancias que dan mérito para que no sea postergado por mucho tiempo o indefinidamente, el acto inicial y fundamental de la explotación de un recurso para nuestra futura existencia nacional, me permitiré recordar que no debemos ver en el mar solamente la noche del abismo, el incógnito y temido ogro.

Santifiquemos el haber tenido la fortuna de su vecindad y familiaricémonos con él. Esto es todo lo que por el momento necesitamos pues el signo del progreso creciente argentino ya imprimirá, a no dudarlo, el esfuerzo por conocer los detalles de índole científica, numerosos por cierto, que las industrias extractivas necesitarán para su mejor desenvolvimiento. Ya la ciencia zoológica argentina nos revela numerosas especies de positivo valor económico, cuyas descripciones corren impresas en notas científicas, memorias y anales más o menos interesantes, según el punto de vista que se contempla en cada circunstancia. No obstante, casi todos estos documentos son para el servicio casi exclusivo de los naturalistas, lo cual no concuerda exactamente con el anhelo de extender la cultura a las actividades propias de la industria pesquera.

La inmensa extensión de mar adyacente a nuestro suelo es poco profundo, característica que por sí sola es capaz de convertirlo en uno de los baluartes de pesca más ricos del orbe. Otra satisfacción más para nuestra nacionalidad que cada día va acentuándose y es promisora de que haremos germinar las ansias de progreso pesquero dentro del sentido más práctico y positivo posible.

Obedientes al adelanto que venimos señalando, nos corresponde agregar, sin duda, al elenco general de nuestra producción acuática, otros elementos de valor económico, hoy casi despreciados y que no obstante serán mañana capaces de afirmar la verdadera importancia que reviste nuestra hidrobiología de valor comercial. Podemos y queremos entrar en el momento inicial de esta trascendental transformación de la economía pesquera y no debemos intimidarnos. El punto de vista faunístico es favorable. El acrecentamiento, aunque por espasmos de sus secretos ya develados nos asegura la revelación pau-

latina de su exacta situación. De otro lado las actividades industriales subsidiarias del mar no pueden todavía coincidir con nuestro escaso adelanto científico sobre la riqueza acuática. Mas nó por ello hemos de decir que existan discrepancias, en forma alguna; estamos, al contrario, persuadidos de que cuando la industria pesquera se oriente en las rutas ya investigadas y las que en el porvenir se tracen, no encontrará obstáculos de ninguna índole y podrá franquear el campo económico sin recelo alguno. Observo que cualquier ensayo serio que ahora mismo se efectuase llenaría de entusiasmo al más indiferente.

Observaciones sistemáticas de carácter científico no han podido establecerse todavía y lo que se sabe actualmente de nuestra riqueza marítima es un poco deficiente. La inmensa soledad del mar que a tan pocos infunde ánimo de aventura, requiere para su estudio un considerable desembolso. Bien es cierto también que los investigadores argentinos en esta especialidad son muy contados, sobre todo los que tienen la conciencia exacta de la cuestión para no equivocarse la ruta. Los intereses industriales tienen una modalidad única y la documentación científica absoluta no les indica con suficiente claridad el beneficio o el apoyo que puede en realidad proporcionarles.

Desde luego, nuestros pequeños núcleos de intelectuales en la materia, bien empeñados en esta ciencia, han demostrado ya o pueden comprobar que son elementos ponderados en las disciplinas de la oceanografía física, química y biológica, en forma que lograrán en los distintos tópicos beneficiar eficientemente al pescador.

El punto primordial para nosotros es salir de la relativa oscuridad en que nos encontramos con respecto a la economía del mar. Lamentable sería permanecer satisfechos con las narraciones que se nos transmiten desde tiempo inmemorial, sobre los monstruos y las serpientes del océano.

Sería interesante que los que pasan la vida investigando, reclusos en sus gabinetes y engolfados en el dominio de esta especialidad no quedasen tan ajenos a las actividades económicas emergentes del mar. Otros suponen una trivialidad el ocuparse de cosas tan positivas y con ello proyectan más sombras en el sendero industrial de la pesca. Estos sabios que nos imponen respecto y obligan a no violar su santuario deben responder un poco más a los temas de aplicación económica. Un celebrado catedrático de economía política en la Universidad de Madrid, decía no ha mucho: "estamos sabiendo mucho de lo

extraño y casi nada de lo propio". Aquí nos resulta esta frase completamente aplicable, porque no pensamos más adelante de lo que otros nos hacen saber.

Pero si está bien saber las teorías y los factores económicos del mundo entero, así como los sistemas y dogmas que se disputan el dominio en el terreno de las generalizaciones científicas, creo que es imprescindible que el economista tenga a mano los suficientes elementos de juicio para localizar su pensamiento, ajustándolo estrictamente a los recursos reales, a la naturaleza y a los factores de la producción y modalidades propias de nuestro país y no del extraño. Inútilmente analizaríamos las cosas exóticas, hartas sabidas. El recurso sería infantil y no se sentirían así las emociones de la novedad y la misma sorpresa que se origina cuando se llega a la médula de los propios problemas industriales y mercantiles que abarca o puede abarcar la economía pesquera nacional.

Verdaderamente, al tratar esta materia debemos entrar por el vestíbulo y no extendernos mucho en teorizaciones. Nos conviene, más bien, atenernos a los hechos prácticos y genuinamente propios. Nos obligaría ello, quizá, a volver invariablemente a las mismas notas y a discurrir sobre el mismo sentido poco práctico que algunos suelen dar a estas cuestiones. La misma falta de preparación sistematizada justifica, desde luego, que se aborde con criterio propio esta clase particular de industria.

Una previsión muy digna de encomio hemos tenido para desarrollar las industrias agropecuarias, pero muy lejos nos encontramos todavía del pleno conocimiento de los fundamentos mecánicos y racionales de nuestras producciones acuáticas. Observaré, de un lado, que es siempre fácil sorprendernos de la ignorancia del niño y bajo muchos aspectos nuestra nacionalidad tiene un aspecto relativamente infantil. Siendo así, necesitamos ejercitar mucha práctica sin desdeñar la teoría, antes de que aparezcan resueltos con felicidad muchos de los problemas que nos plantea la economía marítima. Consiguientemente esta disertación resultaría infecunda si la limitase a repetir los pensamientos y los hechos exóticos de nuestro medio. La abstracción absoluta a alguna influencia extraña no será posible, sin duda, pero advierto que deberemos pensar más por cuenta propia en tan grave e interesante factor de nuestra economía.

Nuestra imaginación es algo juvenil, desde el punto de vista nacional y vé muchas veces símbolos de notable grandeza

cuando el origen del pensamiento se aleja demasiado de la justa capacidad de posesión, más aún, tratándose de una riqueza cuyo estudio complejo y cuya misma naturaleza y modo de explotarla no se ajusta previamente a la serena reflexión. Así, pues, no debe movernos a risa que utilicemos un concepto original surgente de la realidad, y más o menos analizado en su gran conjunto. Acontece con suma facilidad percibir el infinito impresionándose demasiado. El correctivo está en la reflexión y en darnos normas científicas y prácticas sobre nuestra economía pesquera y en el estudio a fondo de su presente estado y de su probable porvenir. Otro procedimiento contrario no será ventajoso y menos todavía si se basara en indicaciones extrañas a nuestro propio ambiente.

No es, ciertamente, peligroso asesorarse en el mundo extraño, pero cuando se trata de un asunto que atañe de tal modo a la economía pública, que requiere propia escuela, se comprende bien que toda la información respectiva, ha de tener absoluta relación con las modalidades del medio productor general. Resultaría original y un poco triste que nuestra pesquerías fuesen regidas por procedimientos exóticos, ya que los errores que infaliblemente se cometerían, estarían originados, principalmente, en la aplicación de observaciones y conceptos de otras naciones, cuya economía estática no armonizaría en un país como el nuestro, de dinamismo en pujante iniciación. El éxito, entonces solo se sustentaría en la casualidad que apareja la lotería y sería gracioso luego que los abundantes recursos que poseemos en el mar fuesen intensamente explotados, de buenas a primeras, cuando contamos con otras múltiples riquezas no aprovechadas integralmente todavía. Me explicaría la razón si nuestro país fuese pobre de recursos naturales, como lo es Inglaterra, por ejemplo, a quien esta circunstancia le ha impuesto ir a explotar el mar con mayor intensidad que cualquier otro pueblo de la tierra. Allí no se ha tenido otro remedio que penetrar en el mar en busca de sus tesoros. Una condición muy diferente es la nuestra, comparativamente, porque nuestros factores para desenvolver el porvenir de nuestra economía general son numerosísimos. Enormes recursos naturales, técnica apropiada a cada uno de ellos, trabajo pujante de ansia, y capital relativo tenemos, por ahora, en suficiencia.

Reconozco, no obstante, que quedaríamos muy retardados si pensáramos que nuestra riqueza natural de las aguas ha de explotarse sin contar previamente con otros factores que unidos

a la voluntad del trabajo y a la cultura son la base esencial de su afianzamiento. Entiendo también que nuestra población es asaz reducida, por el momento, para acometer de lleno la explotación de las aguas y ello nos llevaría justamente al primer problema técnico que habríamos de tratar con el mayor acierto para no caer en tentación. Al encuadrarnos en la real estrechez del propio consumo de pescado el panorama de una excesiva explotación pesquera podría tornarse trágico y sumirnos en profunda sorpresa. Así, pues, no debemos perder de vista la proporción infinitamente superior de la riqueza acuática comparada con nuestro limitado consumo, no de ahora, sino de muchos años venideros.

Si nos representamos la materia de pesca como a un monstruo que avanza a nuestro encuentro podremos plantear la cuestión en términos figurados y deducir si su explotación resultaría efectivamente una actividad vigorosa o bien decadente: más, aún; si examinamos esta condición, en su justo término, no tendremos dificultad en notar que algunas cabezas han ido más allá de la realidad, cuando han emitido opiniones tan optimistas sobre la industria pesquera sin haber observado la evidencia de que estamos pletóricos de muchos otros recursos naturales de más fácil explotación.

Estas definiciones no me inducen, por cierto, a considerar siniestramente la cuestión, afirmando una inquina contra los recursos acuáticos. Es tan solo para demostrar que si sobradamente alimentamos una población relativamente pequeña, con una reducidísima parte de los propios recursos de la agricultura y de la ganadería, no podemos prudentemente ir a explotar la pesca, intensiva y extensivamente. La razón es obvia.

El mar produce mucho y tanto mejor, pues ello servirá para más adelante, cuando tengamos una densidad de población mayor que la actual, de tres habitantes por kilómetros cuadrado.

Esto sucederá, tal vez como en la vieja Inglaterra, cuando tengamos su densidad de ciento ochenta y seis habitantes por kilómetros cuadrado y agotadas otras reservas naturales mayormente explotadas. Y ante esta consideración esencial creo que no debemos embarcarnos inmediatamente en la aventura del mar, pues el temible elemento podría sorprendernos y darnos una lección desconsoladora.

Muy grande sería la emoción que recibiría la economía general si explotásemos ahora mismo, en gran escala los tesoros acuáticos. El concierto ya establecido no podría resistirla,

tanto más si se piensa que todavía pujamos por sacar de la inercia un considerable por ciento de hectáreas de tierra de pan llevar y que esperan la mano transformadora de nuestros sucesores. Observo además, que no hemos adelantado, todo lo que se espera, en los procedimientos de cultivo; con frecuencia señalan los expertos que nuestras tierras son susceptibles aún de una mayor producción.

Los argumentos enunciados no son en modo alguno fatales, sin embargo, para emprender paulatinamente la explotación de la pesca y hasta cierto punto estamos obligados a empezar a encariñarnos en alguna forma con el mar y confiarnos un poco a su merced. No debemos continuar con nuestro tributo de sendos millones de pesos al extranjero por los productos de pesca conservados que importamos con regularidad. Tal vez se diga que esto está en nuestra modalidad, de excedernos en la adquisición de productos extraños pero que poseemos y no explotamos o no transformamos suficientemente. Forzoso es que nos resignemos a expresar el justo concepto de nuestra opulencia al expresar que podríamos producir, sin, dificultad, todo el pescado que demanda el consumo nacional de actualidad. Desde luego creo que pasando la explotación de este límite se correría el riesgo de ir derechamente a la bancarrota industrial.

Dado que, efectivamente, contamos con una notable riqueza marítima podríamos suponer que hubiera de consumirse sin reparos; pero ¿qué consecuencia no traería la substitución, por ejemplo, de la carne por el pescado? Tendríase que crear forzosamente, una situación incómoda a la industria ganadera. Es evidente que nuestra producción de ganados es enorme y que con una parte de este recurso ha podido sustentarse el país, tradicionalmente, desde mucho antes de su emancipación hasta el presente. Posiblemente el mar no tendría la perfidia de arruinar a sus expensas una industria ya formada y consolidada como la ganadera.

Una vez más, entonces, debemos insistir primeramente en la necesidad inmediata de contemplar más bien lo que atañe al progreso técnico de la pesca para ir preparando luego las condiciones de su alta economía futura, tratando al mismo tiempo de conservar del mejor modo posible toda esa riqueza natural sin dejarnos arrastrar por la falsa idea de una explotación vigorosa e inmediata.

Debemos reconocer igualmente la necesidad de instalar y multiplicar los laboratorios que han de procurar más tarde a

la industria pesquera los mejores procedimientos para obtener su mejor beneficio compatible con la conservación racional de las especies.

A las ilusiones múltiples que suele producir la sencilla grandeza de los elementos económicos marítimos debemos cuidarnos del agregado eventual de un furor por la explotación que convertiría el negocio en grandes perjuicios. Como quiera que las utilidades generales que la industria de la pesca puede dejar al país, están fuera de discusión, tenemos que concluir, en principio, en el adelanto que importará el establecimiento de otras industrias subsidiarias de la pesca, especialmente si tenemos en cuenta la situación de privilegio que podríamos ofrecerles, poniéndolas en estrecha connivencia entre sí.

Observemos con atención que si nos mantenemos indiferentes a la salvaje riqueza del mar podríamos más tarde recibir serias y justificadas censuras. Si, de todas maneras, la industria de la pesca no ha realizado en el país ningún progreso considerable ni obtenido ventaja alguna, esta sola razón debe movernos a ocuparnos de ella pues que hasta ahora solo ha respondido a un débil señalamiento de adelanto, en períodos pocos felices, cuando se iniciaron en estas labores algunos buques a vapor desde quince a veinte años atrás. Sin duda, se pudo apreciar un movimiento con tendencia de relativo progreso en esta materia, pero no de verdadera pujanza porque se trató solamente de un adelanto muy superior a la oportunidad. Gracias al capital que obraba bajo la seducción del negocio inmediato, pudieron las empresas mantenerse en operación más o menos regular, pero completamente distraídas acerca del porvenir de la industria que explotaban. No renovaron mayormente durante todo el curso de la explotación los métodos de trabajo ni la organización comercial existente. Se trajo tan solo un beneficio en la producción pesquera, beneficio que para el momento era de importancia, desde que el público consumidor, apesar de ser tan remiso a esta clase de alimentación y consiguientemente en el adelanto de esta industria, demostró su general beneplácito. Al fin la flota de vapores pesqueros fué liquidándose poco a poco, en vez de afianzarse en el trabajo y convertirse en el primer indicio de gran movimiento de la explotación de la pesca nacional.

Resulta muy curioso contemplar el influjo que tiene la falta de protección del público consumidor. Muy importante es este factor porque deja debilitado y no asegura en modo alguno los mercados internos. En tal forma cualquiera empresa pesquera

no puede lanzarse al albur sin haber conquistado el propio mercado y preparado, si fuera posible, algún mercado exterior siempre probable.

Estamos en guardia y observamos con la mayor atención las prédicas que se hacen muchas veces para el fomento de esta industria sin que se revele antes el uso de los recursos de la propaganda, la enseñanza y la predisposición del público, generalmente indiferente a la pesca por principio y por costumbre; pero a quien ha de ser relativamente fácil imponerle o aún llamarle la atención sobre esta clase de alimentos. Por eso tenemos que predicar mucho y luchar más para que un día logremos el ideal de llegar a un discreto grado de ictiofagia.

Obviando estos inconvenientes de fondo, las perspectivas generales no pueden ser más halagadoras porque felizmente tendremos todo lo necesario, tanto para implantar la industria extractiva de la pesca como para que el pueblo le dispense regular y progresivamente su favor. Pero la tarea, repito, será ruda y no debemos arredrarnos si ante todo vislumbramos el formidable porvenir de nuestras industrias marítimas. Obremos en esta preparación previa con la mayor paciencia y tenacidad y luego veremos como es fácil la organización de consorcios para invertir sendos capitales en este ramo de explotación. En buena hora, sin embargo, reclamemos que estos capitales sean exclusivamente argentinos para los cuales cabe augurar una espléndida garantía a su inversión.

Concluyendo esta primera exposición, a grandes rasgos, nos queda inconfundible impresión de que poseemos un fuerte caudal de riqueza en buen resguardo y a plazo más o menos largo. Finalizaré ahora este exordio emitiendo la convicción de que las actuales condiciones son altamente propicias para abordar este problema de fundamental importancia para tiempos futuros y abogando por su espléndido porvenir formularé el voto de que las instituciones del país de la índole de esta Facultad se compenetren del justo significado que involucra la pesca en la economía general de la Nación, para que luego propendan a su estudio particular exponiendo el concepto real que supone su explotación.

LUCIANO H. VALETTE.

(Continuará).